

---

# CRISTINA

(BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

DANIEL MUÑOZ

—)o(—

*Comprometido con los lectores de LA RAZON á contribuir á la edicion literaria de EL LUNES con una novela, esperaba tomarme el tiempo necesario siquiera para dar forma y trabazon á las diversas escenas que constituyen la sencilla trama del romance que habia concebido, pero urgido por el reclamo hasta cierto punto justo de algunos lectores del periódico. me veo forzado á entregar á la prensa los borradores de este primer capítulo, ó mas*

bien dicho, de este primer cuadro tomado de la realidad, como todos los demas que sucesivamente publicaré.

No invento nada. Cuento apenas los amores de Cristina Peña con Alberto Conde, drama tejido por las circunstancias, y cuyo desenlace doloroso le dió marcado interés.

Sobre nadie, sino sobre mí mismo, recaerá toda la culpa de la precipitación de que forzosamente ha de resentirse una obra escrita sin preparación ni estudio. — A la crítica, solo le pido tenga en cuenta que todo mi tiempo lo absorbe la tarea del diario que dirijo, en el que día á día colaboro sin descanso, y por consiguiente no me es posible abordar un trabajo continuado con la serenidad y reposo que debería consagrarle, interrumpido como estoy á cada paso por diversos asuntos que reclaman mi atención.

Pero ni siquiera el derecho de pedir disculpas tengo, pues yo prometí escribir una novela, y lo prometido es deuda, sin que valgan razones que debí haber tenido en cuenta antes de hacer la promesa. El que la hace, la paga, dice un proverbio; y pues yo la hice, justo es que yo la pague, que bien merecido lo tengo por la petulancia de haber ofrecido lo que no podía cumplir. Así como así, el único que pierde soy yo, porque el lector queda relevado de toda molestia con solo pasar por alto estas páginas, que yo mismo no me atrevo á releer temeroso de encontrarme aún mas abajo de lo que á primavera vista me ha parecido.

Quien no se aventura, no pasa la mar. Animo pues, y al agua, que si no me ahogo en la primera zambullida, espero salir á la otra orilla, lector, á favor del salva-vidas de tu indulgencia, y perdón por la metáfora.

D. M.

## I

A mañana estaba tranquila y sonriente, como si la naturaleza hubiese querido asociarse al regocijo á que se entregaba la ciudad en aquel día Domingo. Era una de esas mañanas de Marzo, serena y tibia, envuelta en tules diáfanos de brumas azules, entre las cuales se dibujaban con cierta vaguedad los contornos de las casas, de los árboles, de las lomas que cierran el horizonte por el lado del Cerrito, mientras que del costado del mar se confundían allá á lo lejos, en un mismo tinte, el manto del cielo y el dorso de las aguas dormidas bajo la calma.

Eran las nueve de la mañana. La ciudad estaba en plena actividad, esa actividad bullanguera de los días festivos, llenas las calles de gente, sobre todo la del Sarandí, cauce en que se encajona la corriente humana en continuo va y ven, como si fuera aquella la sola arteria que liga al Montevideo antiguo con su moderno ensanche fuera de murallas.

En la Plaza Constitución era mas activo el movimiento y mas bullicioso. Por todas las aceras se veían grupos de señoras que iban á la Matriz, cuyas espinadas torres hendían la atmósfera azul que envolvía á la ciudad, reverberando en sus cúpulas de porcelana los rayos del sol radiante que doraba todas las cornizas y pretilos de las azoteas.

En el Cabildo, se hacia el relevo de guardias al son de tambores y cornetas, presenciando las evoluciones un grupo de curiosos, mientras que por las veredas diagonales de la Plaza, continuaba el ir y venir de paseantes y devotas, que acudían al templo llamadas por los repiques alegres de las campanas, cuyos ecos poblaban los aires con zumbidos metálicos, como si un enjambre de coleópteros inmensos remolinease sobre la ciudad.

Sobre el empedrado, proyectaban sus sombras las copas de los árboles, que se dibujaban como tapices negros bordados con lentejuelas de oro, formadas por los rayos de sol que se filtraban por entre el follaje. Bajo uno de esos árboles, frente á la iglesia, estaba reunido un grupo de jóvenes que conversaban alegremente, interrumpiéndose á cada momento para saludar con una cortesía á las señoritas que acudían al templo. Eran todos jóvenes de la buena sociedad de Montevideo, como se echaba de ver por la elegancia de sus trajes y la delicadeza de las maneras con que accionaban en su animado diálogo, al que servían de tema las niñas que pasaban, bromeándose unos á otros sobre las preferencias que aquellas hacían al contestar los saludos.

El que más bromista se mostraba era Alberto Conde, buen mozo, joven de 22 á 24 años, de tez morena y ojos negros, á quien sus compañeros de rueda trataban en vano de devolver las bromas que él les daba, defendiéndose con su completo retraimiento de paseos, teatros y tertulias. Efectivamente, tiempo hacia que no se veía á Alberto en ninguna reunion, y sus mismos amigos se habían estrañado de encontrarlo aquella mañana frente á la Matriz, punto de reunion de todos los jóvenes que tienen novia devota ó que aspiran á encontrarla entre las que acuden á la iglesia.

En lo mas animado de la conversacion estaban, asediando todos á Alberto para explicar cada cual á su manera la causa oculta de su retraimiento, cuando apareció por la misma acera en que ellos estaban, una joven vestida de negro, de estatura mediana aunque esbelta de cuerpo, haciendo sombra á sus ojos negros una pluma, negra tambien, que rodeaba su elegante sombrero. Caminaba con la mirada baja, como si abatiese sus párpados el peso de las pestañas largas y enarcadas que los frangeaban, pero al llegar cerca del grupo de jóvenes levantó los ojos, titubeó un momento como haciendo intencion de atravesar la ca-

lle, y temiendo sin duda que lo atribuyeran á debilidad, siguió por la misma acera, correspondiendo con una amable sonrisa al efusivo saludo que aquellos caballeros le hicieron. Alberto acompañó el saludo general tímidamente y siguió á la niña con los ojos hasta que esta atravesó la calle, subió la escalinata de mármol que conduce al atrio de la Matriz y entró al templo por la nave central.

—Está monísima Cristina, dijo guiñando el ojo Carlos Centeno, uno de los jóvenes del grupo.

—¿Quién es Cristina? preguntó Alberto que parecia salir de un letargo.

—Cristina Peña, mi amigo, le contestó Carlos; una polla que recién se presenta, y que será este año la reina de nuestros salones.

—¿Hermana de.....

—Sí, hermana de Elena y de todas las otras que tú conoces. Ya ves que no dejenera la raza, pues desde la madre hasta esta última, todas las Peña son lindas y elegantes.

Y sobre este tópico siguieron los jóvenes conversando durante un rato, prestando Alberto mucha atención á lo que sus amigos decían.

Las campanas ya no repicaban, y la afluencia de devotas disminuía en las aceras. Debía haber principiado la misa, y los jóvenes, pasado el interés del desfile, se dispersaron en distintas direcciones, siguiendo la mayor parte de ellos hacia la calle 18 de Julio, donde la feria estaba á esa hora en su mayor animacion.

—¿No vienes, Alberto? dijo uno de los que se retiraba al ver que quedaba en el mismo sitio.

—No; contestó aquel; tengo que hacer algo por aquí, pero en seguida los alcanzo.

Quedó allí hasta que sus compañeros llegaron á la esquina del Cabildo, y en seguida, como si hubiera estado violento por la demora, atravesó rápidamente la calle y entró á la iglesia.

Comenzaba la misa cantada. Las altas bóvedas del templo repercutían con sonoridad los acordes graves del órgano, que acompañaba los cánticos monótonos de los sacerdotes. Por las claraboyas de la cúpula entraban chorros de luz morada, verde, azul y amarilla, rayos de sol teñidos por los cristales que atravesaban y en cuya luz revoloteaban millares de puntos luminosos, semejando esas burbujas que produce la fermentacion del carbono en la dorada transparencia del *Champagne*.

Las naves laterales estaban casi desiertas, y los pasos de Alberto resonaban sobre el enlizado, despertando la atención de las curiosas que se volvían al ruido de aquellas pisadas profanas que turbaban el plácido sosiego del templo. Un centenar de señoras y niñas poblaban la nave central, todas de rodillas, siguiendo en sus libros los rezos que los sacerdotes entonaban en el altar mayor, sobre cuyo retablo oscuro se destacaban las luces de los cirios, amarillos y tristes, como avergonzadas ante el vivo resplandor del sol que entraba á torrentes por las vidrieras de la cúpula.

Alberto se detenía en cada uno de los arcos que separan las naves, miraba atentamente á las mujeres, y como si no encontrase á la que buscaba, seguía adelante, hasta que al llegar al último arco, quedó con la vista fija sobre una mujer que estaba aislada, debajo del púlpito, con la cabeza inclinada, los ojos entornados, moviendo imperceptiblemente los labios, mientras que recorría con cierta indiferencia las pequeñas cuentas de un rosario de marfil que tenía en las manos.

La misa entre tanto continuaba. Tres sacerdotes, resplandecientes bajo sus casullas recamadas de oro, oficiaban ante el altar. Ora se ponían en fila humillando la cabeza, ora con las manos abiertas sobre el misal, salmodiaban los rezos con sus voces gangosas, acompañados desde el coro por los chantres que contestaban con notas robustas y sonoras, cuyos ecos crecían en las concavidades de las bóvedas, prolongándose por largo rato.

Alberto Conde no veía nada de lo que pasaba es su torno. Con la vista fija sobre aquella mujer arrodillada debajo del púlpito, seguía todos sus movimientos con obstinada persistencia, atrayendo sobre sí la atención de las otras devotas que cuchicheaban entre sí como protestando contra la irreverencia del joven.

Los acólitos pasaron el evangelio de la derecha á la izquierda del altar, sentáronse los sacerdotes en sus tallados siales tapizados de rojo, el órgano preludió acordes llenos de armonía, y los fieles se pusieron de pié, mientras las señoras se arrellanaban sobre la alfombra en esa postura especial que las polleras ocultan bajo sus misteriosos pliegues.

Cristina tambien se sentó, y al hacerlo reparó en aquel joven que la miraba fijamente. Bajó la cabeza, sonrojáronsele las mejillas, é inconscientemente se puso á recorrer con movimientos nerviosos las cuentas de su rosario. Sin mirar, ella adivinaba que tenía sobre sí el fuego de aquellos ojos negros cuyo brillo la habia sorprendido en el rápido encuentro de sus miradas. Ya no retrataba su rostro aquella plácida tranquilidad que hasta entonces habia mostrado. Estaba desasosegada y confusa, dejando adivinar que forzosamente hacia por no mirar hacia el lado en que estaba Alberto, quieto, inmóvil, apoyado en un confesionario, y ajeno á todo lo que en derredor tenía.

El órgano continuaba sus melodias variadas, saltando de un tema á otro, mientras los monacillos preparaban á un lado del altar las vinajeras para el *offertorium*. Volvieron á arrodillarse las devotas, calló la música,

los sacerdotes se pusieron de pié y entonaron nuevamente sus cánticos nasales. Cristina permaneció sentada, como si temiese al cambiar de postura encontrar de nuevo aquellos ojos que ella sentía que la abrasaban con el fluido de miradas ardientes. El templo quedó en silencio durante algunos minutos. Solo se oía la toz cascada de una vieja, cuyo eco rebotaba de una bóveda à otra, como si el ruido fuese despertando otras toces dormidas en las concavidades de las naves.

De repente, sonó una campanilla, dando tres toques acompasados. Todas las oyentes inclinaron la cabeza y se golpearon el pecho con los dedos apiñados. Los sacerdotes, prosternados ante el altar, ocultaban sus cabezas tras de las casullas doradas, mientras los monacillos, de rodillas, también, les levantaban las faldas de las capas preciosamente recamadas. Al ruido de la campanilla, Cristina se puso de rodillas con un movimiento nervioso, como si despertase de un ensueño, y se entregó con fervor à la oración. Alberto permaneció impasible, como si no se diese cuenta del sitio en que se encontraba, absorto en la contemplación de aquella niña, cuya vista había despertado en él sentimientos desconocidos, que no acertaba à esplicarse, pero que lo enclavaban allí con fuerzas superiores à su voluntad.

El sacerdote oficiante levantó en alto con sus dos manos la hostia consagrada, la bajó despues lentamente, y poniéndose de rodillas, humilló la cabeza contra el panizuelo de batista que cubría el altar. La campanilla volvió à sonar con tres toques distanciados, y volvieron las devotas à prosternarse con humildad, repitiendo los golpes de pecho y cuchicheando las oraciones apresuradamente como si temieran quedar retrasadas. En seguida, el sacerdote practicó con el cáliz las mismas evoluciones que había hecho con la hostia: lo levantó, lo bajó, oró sobre él con la cabeza inclinada, y bebió su contenido apurándolo hasta las heces; y à cada una de estas acciones, sonaba la campanilla con toques lentos y tristes, que avivaban el fervor de los fieles contritos y cabizbajos, como anonadados ante el recuerdo del sacrificio que aquella ceremonia simbolizaba.

Cristina seguía con recojimiento todos los pasajes de la misa. Parecía haber recobrado la calma que la persistencia de las miradas de Alberto había alterado por un momento, y su ovalo correcto se destacaba con pálidos contornos sobre el fondo negro de su traje. Estaba bellísima en aquella actitud, algo inclinada la cabeza sobre el hombro, perdida la mirada entre la niebla dorada que entraba por las anchas claraboyas de la media-naranja del templo, palpitando acompasadamente el contorneado seno, prisionero dentro de una ajustada bata bordada de azabache que modelaba el busto prominente y el delicado talle de aquella niña.

Al profundo silencio que reinaba durante la ceremonia de la comunión, siguió una viva y ruidosa animación. La campanilla ya no tocaba triste y monótona, sino que repiqueteaba alegremente; los sacerdotes se pusieron de pié, el coro resonó con torrentes de armonías, y los incensarios se columpiaban agitadamente mostrando sus brasas encandecidas, y despidiendo nubes de incienso que velaban la mortecina luz de los cirios. Y entre los cánticos de los sacerdotes, y las armonías del órgano, y el repiqueteo de las campanillas, y las nubes azuladas del incienso, apareció en el medio del retablo la custodia, como un sol de oro, reflejando en las facetas de sus rayos todos los cambiantes de las luces rojas, azules, verdes y amarillas que se derramaban desde lo alto de la cúpula central semejando una lluvia de arco-iris.

Como aliviados de un peso moral, levantaron los fieles las cabezas y se arrellanaron con comodidad. Volvieron à resonar las toses secas comprimidas durante el solemne momento de la comunión, agitáronse nuevamente los abanicos, y revivieron en el templo todos los ruidos apagados.

Cristina se arrellanó también, y al hacerlo, cruzó con Alberto una mirada, vaga primero como el resplandor de una hoguera que empieza à arder, pero que à medida que se prolongaba se hizo mas intensa, fija, profunda; una de esas miradas en que los ojos se buscan en las pupilas, y que al encontrarse hacen brotar aristas de luz que se proyectan hasta confundirse en un solo rayo, alambre invisible por el cual se trasmite el fluido que la pasión engendra en los misteriosos laboratorios del organismo.

Un minuto duraron aquellas miradas, hablándose en su mudo pero elocuente lenguaje todo lo que el amor sabe decir cuando por primera despierta à la vida. Despues, ella, como fatigada por el choque, rindió la cabeza, abatiéronse los párpados sobre sus ojos, y quedó ensimismada, dejando caer de sus manos el rosario con que sus dedos jugueteaban. Alberto permaneció fijo, con la mirada brillante, deslumbrado todavia por el rayo de luz que había iluminado su corazón.

La misa tocaba à su fin. Leyendo en un misal colocado sobre el atril, el sacerdote cantodiaba el Padre Nuestro, y al terminar se volvió hacia el auditorio saliendo con voz destemplada y gangosa: *Ne nos inducas in tentationem*; à lo que los chantres del coro contestaban acompañados de los acordes del órgano: *Sed libera nos a malo*. Los monacillos dejaron descansar en tierra los altos candelabros que mantenían izados mientras el oficiante recitaba su rezo; despues los sacerdotes limpiaron prolijamente el cáliz cubriéndolo con una carpeta bordada de oro, leyeron en

voz alta el evangelio, y haciendo una reverencia ante el altar, se retiraron, levantando dos de ellos las puntas de la capa del oficiante, precedidos de los dos monacillos que llevaban los candeleros altos, y seguidos de los otros tres vestidos con sus sobrepellices blancos.

Las devotas comenzaban à retirarse poco à poco. Se persignaban hacían reverencias ante los altares, y salían por las grandes puertas que se abrían como mamparas de luz al extremo de las naves, mientras el organista se entretenía en amenizar el desfile con escalas y arpeggios caprichosos, desde los tiple con chillidos de oboe, hasta los graves con dulzuras de clarinete, prolongándose todos los sonidos en una melodía vaga como las nubes de incienso que flotaban en las concavidades de las bóvedas. El sacristán, entretanto, con una caperuza de lata sujeta en la punta de una larga caña, apagaba los cirios que iluminaban el altar y los pábilos carbonizados humeaban tristemente, despidiendo ese olor especial de cera derretida.

Cristina seguía sentada en el mismo sitio, como aprisionada por las miradas de Alberto, para quien nada había cambiado. No se había apercibido de que la misa estaba terminada y que el templo iba quedando solitario. Desde que vió à Cristina, todo se había borrado para él, y en su abstracción solo veía destacarse la figura de aquella mujer para él desconocida media hora antes, y que desde el momento en que tropezó con sus ojos llenaba ya toda su existencia y despertaba en él aspiraciones y esperanzas que nunca había sentido.

La campana de la torre empezó à llanar con toques sonoros y acompasados para la próxima misa. Las campanadas zumbaban en el templo con vibraciones de bordona, y à su eco volvió Cristina de un ensimismamiento. Miró en torno suyo como sorprendida de verse casi sola, y al encontrarse sus ojos con los de Alberto, los abrió desmesuradamente como quien ha creído estar soñando, y al despertar se encuentra con la realidad de su sueño. En seguida, se puso de pié, y lentamente, como si le costara arrancarse de aquel santuario en que acababan de florecer sus primeras ilusiones, se dirigió al cancel de la nave central, seguida de Alberto, cuyos pasos resonaban en el enlozado y repercutían las bóvedas con ecos claros y sonoros.

Cuando Cristina apareció en el dintel de la gran puerta del centro, entornó los ojos como deslumbrada por el sol que reverberaba en el empedrado de la calle y brillantaba el enarenado de la plaza. Abrió el abanico, y haciendo del envarrillado una celosía que sombreaba su mirada, bajó la escalinata y siguió por la calle Ituzaingo hasta la de Rincon.

Alberto la siguió con la mirada hasta la esquina, esperando la confirmación de una esperanza que acariciaba con temor, pero cuando Cristina al doblar por el ángulo de la calle dió vuelta la cabeza en la dirección en que él estaba, pareció que todas sus dudas se disiparon, y con la mirada perdida en fantásticas visiones, se dirigió hacia la calle del 18 de Julio, donde había prometido à sus amigos alcanzarlos. Pero no había andado dos cuadras, cuando oyó que de la otra acera lo llamaban:

—Eh! distraído, ¿à dõnde vas à estas horas tan preocupado?

—Precisamente iba à buscarlos à ustedes como les prometí.

—Pues vas tarde, le dijo Carlos Centeno, y como queremos festejar tu resurrección, te embargamos desde ya por todo el día.

—Es que yo tengo...

—No tienes nada que hacer. Eres nuestro. Nos vamos ahora à almorzar à la Confeitería Oriental, à la tarde iremos al Paso del Molino, y à la noche...

—Ya sabes que yo no voy al teatro.

—¿Que teatro ni que tontería? El gran suceso de esta noche es el último baile de máscaras que dà el Club; allí tendrás ocasión de conocer à aquella niña que vimos hace un rato frente à la iglesia.

—¿Và? preguntó Alberto sin atreverse à decir más temeroso de que la voz traicionase su emoción.

—Si, và, le contestó Carlos. Esta noche se presenta por primera vez en un baile Cristina Peña, y de seguro que va à dar golpe.

Y jaraneando sobre el baile, y sobre las conquistas en perspectiva, cruzaron los jóvenes la plaza en dirección à la calle del 25 de Mayo, saludando de paso à las conocidas que volvían de la feria con ramos de jazmines y de rosas, deteniéndose con curiosidad en las vidrieras de la Carrau y de la Vigneau, cuyos salones estaban poblados de maniques, lujosamente ataviados con los vestidos de cola que por la noche ostentarian en el baile del Club las mas hermosas mujeres de Montevideo.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

## MARIA

I

**F**IRICO idilio, henchido  
De amor y de ternura,  
Música que murmura  
Del corazón al rítmico latido,  
De alan inquieto y de rubor teñido